

África: ¿Una moneda única?

Probablemente no, pero la expansión selectiva de las actuales uniones monetarias podría servir para inducir a los países a mejorar sus políticas

Paul Masson y Catherine Pattillo

EL OBJETIVO de una moneda africana común es desde hace tiempo uno de los pilares de la unidad africana, un símbolo de la fuerza que, según lo que esperan sus defensores, emergerá de los esfuerzos de integración del continente. El proyecto de moneda común, debatido como uno de los objetivos de la Organización de la Unidad Africana (OUA), creada en 1963, recuperó su carácter prioritario en 2001, cuando los 53 Estados miembros de la OUA acordaron transformar esta organización intergubernamental en la Unión Africana (UA), que se centrará, al igual que su predecesora, en la unidad política y económica, pero con un mandato más amplio para afrontar los retos de la globalización. En agosto de 2003, la Asociación de Gobernadores de Bancos Centrales Africanos anunció su intención de implantar una moneda y un banco central comunes para 2021.

La estrategia de la UA se basa en la creación de uniones monetarias en cinco comunidades económicas regionales ya existentes (mapa 1), que desembocarían en un banco central africano único y en una moneda común. Un plan con consecuencias económicas y políticas tan amplias en todo el continente merece un análisis detenido y, como apenas se ha investigado su

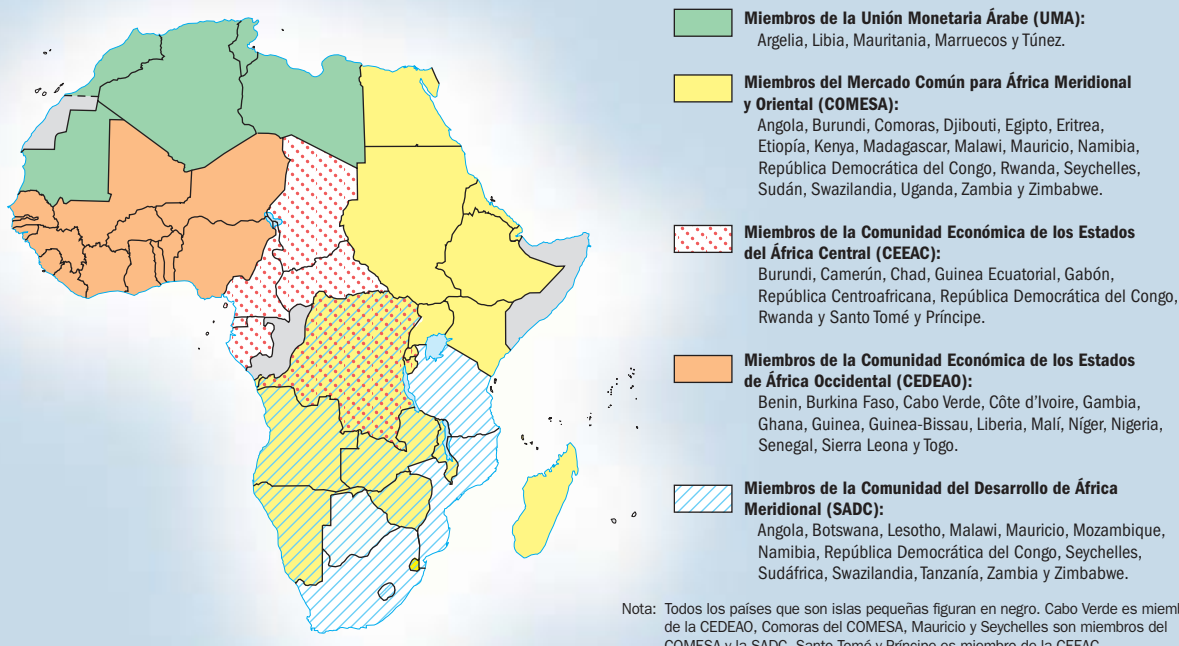
conveniencia y viabilidad, hemos llevado a cabo esa labor aplicando un modelo único que tiene en cuenta los shocks asimétricos (es decir, los que no afectan por igual a todos los países integrantes de una unión monetaria) y la ausencia, por una mala gestión de gobierno, de instituciones capaces de proteger al banco central de las presiones para financiar los déficit y generar políticas monetarias demasiado expansivas. Nuestras investigaciones, recogidas en un libro recién publicado por la Brookings Institution, plantean serias dudas sobre la viabilidad y conveniencia de crear una unión monetaria para todo el continente africano, en tanto que la ampliación selectiva de las actuales uniones monetarias sí podría servir para inducir a los países a mejorar sus políticas (mapa 2). La presión del grupo —coherente con los principios de la Nueva Asociación para el Desarrollo de África (NEPAD), suscrita en 2001 por todos los miembros de la UA para mejorar las políticas económicas y fomentar el crecimiento y el buen gobierno en los países africanos— podría contribuir a este proceso.

¿Por qué tanto interés en una unión monetaria?

Dos son los principales motivos del entusiasmo que despierta la unión monetaria africana y

Mapa 1. Bases para crear una unión monetaria

El proyecto de la Unión Africana de establecer una unión monetaria que abarque todo el continente se basa en las uniones monetarias existentes en cinco comunidades económicas regionales.



ambos trascienden los objetivos económicos convencionales de fomentar el crecimiento y reducir la inflación. El primero es el interés por las uniones monetarias que el éxito de la implantación del euro ha suscitado en otras regiones, aunque a veces se olvida el camino recorrido por Europa para lograrlo. En el caso de África, los problemas fiscales son mucho más graves y la credibilidad de las instituciones monetarias es más frágil. Si crear instituciones adecuadas ha sido difícil para un grupo de países ricos con sistemas burocráticos muy buenos y que han colaborado estrechamente por más de cincuenta años, con una perspectiva realista el reto para los países africanos se antoja enorme.

El segundo es que la motivación de la unión monetaria africana es el deseo de contrarrestar las deficiencias económicas y políticas perceptibles. Por ejemplo, las agrupaciones regionales podrían ayudar a África a negociar acuerdos comerciales favorables a nivel mundial (en el seno de la Organización Mundial del Comercio) o bilateral (con la Unión Europea y Estados Unidos). Si bien el objetivo de la integración regional parece bien fundado, no está claro que una unión monetaria le aporte mucho, dada la improbabilidad de que una moneda mal gestionada y sujeta a depreciación continua vaya a fomentar el orgullo regional o a conferir a los países miembros peso en la escena mundial.

¿Qué dicen los estudios, derivados en su mayoría de un decisivo artículo de 1961 en el que Robert Mundell expone su “teoría de las zonas monetarias óptimas”? Según Mundell, una moneda común puede suponer un ahorro en ciertos costos de transacción, pero un país que abandona su moneda renuncia a la posi-

bilidad de usar la política monetaria nacional para responder a los shocks asimétricos. Ese costo, a su vez, podría reducirse flexibilizando la economía. Es decir, aun renunciando a la soberanía monetaria, un país podría hacer frente a estos shocks, sobre todo mediante la movilidad laboral, la flexibilidad de los salarios y los precios y las transferencias fiscales. La probabilidad de que un país experimente shocks asimétricos depende de las similitudes existentes entre sus estructuras productivas y de exportación y las de sus socios de la unión monetaria.

Los vínculos de comunicaciones y transporte de los países de la zona del euro son mucho mejores que los de los países africanos, por lo que estos no podrían obtener las mismas ventajas de las economías de escala ni la misma reducción de los costos de transacción (ni siquiera en proporción al tamaño de sus economías). Debido a su alto nivel de especialización, los países africanos padecen grandes shocks en la relación de intercambio, que rara vez afectan a los mismos productos, por lo que no se producen en la misma dirección. Las características estructurales de la economía y los instrumentos de política disponibles no resultan muy útiles para hacer frente a estos shocks. La movilidad laboral en algunas regiones africanas es mayor que en Europa, si bien sigue siendo limitada y está influida por factores políticos. Y actualmente las posibilidades de efectuar transferencias fiscales dentro del continente africano son escasas.

Al aplicar este análisis a Europa, se da por supuesto que las cuestiones de diseño institucional están prácticamente resueltas. Concretamente, es posible proteger legislativamente al banco



Mapa 2. Uniones monetarias regionales

Podrían ampliarse en forma selectiva las uniones monetarias regionales existentes: la UMC, la CEMAC y la UEMAO.



Miembros de la Zona Monetaria Común (CMA):
Lesotho, Namibia, Sudáfrica y Swazilandia.

Miembros de la Comunidad Económica y Monetaria de África Central (CEMAC):
Camerún, Chad, Gabón, Guinea Ecuatorial, República Centroafricana y República del Congo.

Miembros de la Unión Económica y Monetaria del África Occidental (UEMAO):
Benin, Burkina Faso, Côte d'Ivoire, Guinea-Bissau, Malí, Níger, Senegal y Togo.

Nota: La CEMAC y la UEMAO son dos subzonas de la zona del franco CFA.

central de la presión para financiar el gasto público. (En Europa, hay disposiciones que impiden al banco central conceder préstamos a los gobiernos; a eso se suma la independencia histórica de los bancos centrales, en particular en Alemania.) El principal peligro es que la política fiscal ejerza una presión indirecta sobre la política monetaria, aunque el Pacto de Estabilidad y Crecimiento de la zona del euro tiene por objeto reducir al mínimo

Algo esencial es saber si la creación de un banco central regional podría resolver los problemas de credibilidad que afectan a los actuales bancos centrales.

este riesgo. Existe una gran controversia sobre la eficacia del Pacto, en parte porque algunos gobiernos han sobrepasado el déficit máximo, pero por el momento nadie piensa que la independencia del Banco Central Europeo pueda estar en peligro.

En África, los retos institucionales son mucho mayores. En general, los bancos centrales nacionales no son independientes, y los países con moneda propia han padecido a menudo períodos inflacionistas porque el banco central se vio forzado a

financiar el déficit público u otras actividades cuasifiscales. Algo esencial es saber si la creación de un banco central regional podría resolver los problemas de credibilidad que afectan a los actuales bancos centrales. De ser así, un banco central más independiente que infunda más disciplina fiscal que los bancos centrales nacionales podría actuar como “agente moderador”, según Paul Collier, eminente economista que ha trabajado en muchos temas económicos relacionados con el desarrollo africano. Pero la historia demuestra que un agente moderador no emerge directa y exclusivamente de una unión monetaria y debe tener otros fundamentos institucionales.

De hecho, las experiencias de las dos uniones monetarias o cambiarias de larga data —la zona del franco CFA (que comprende la Unión Económica y Monetaria del África Occidental (UEMAO) y la Comunidad Económica y Monetaria de África Central (CEMAC)) y la Zona Monetaria Común (CMA), basada en el rand sudafricano— sugieren que una unión monetaria por sí sola no siempre va asociada a una mejora importante del comercio regional y de la coordinación de las políticas. El alcance del mercado intrarregional es mayor que el previsto por el modelo de gravedad básico en la UEMAO y en la CMA, pero no en la CEMAC. En la zona del franco CFA, debido a la fuerte crisis de finales de los años ochenta y principios de los noventa, se hicieron grandes esfuerzos para coordinar las políticas y se crearon nuevas instituciones supranacionales. En la CMA, es Sudáfrica, por su tamaño, quien fija la política monetaria de la región, y se hace menos necesaria una coordinación

macroeconómica explícita puesto que los países más pequeños (Lesotho, Namibia y Swazilandia) no tienen acceso al financiamiento monetario del Banco de Reserva de Sudáfrica.

En cuanto a los resultados macroeconómicos, mientras que en la zona del franco CFA la inflación ha sido más baja que en otros sistemas monetarios de África, los efectos sobre el crecimiento no están tan claros y varían según el período que se analice. No obstante, el éxito y la perdurabilidad de la zona se deben en parte a las especiales circunstancias del apoyo de Francia, sobre todo a la garantía de convertibilidad que ofrece el Ministerio francés de Hacienda en la cuenta de operaciones. Los países de la CMA también han registrado una tasa de inflación baja y la convergencia de la renta per cápita en la unión es evidente.

Un modelo único

Para evaluar los proyectos de unión monetaria africana, creamos un modelo que tiene en cuenta los shocks asimétricos y la ausencia de instituciones capaces de proteger al banco central de las

presiones para financiar el déficit y generar políticas monetarias demasiado expansivas (véase el recuadro). Las uniones monetarias reducen en cierta medida la tendencia a la expansión monetaria: con un tipo de cambio fijo común, hay menos posibilidad de que un miembro aplique políticas monetarias de empobrecimiento del vecino. Con todo, la composición de la unión monetaria es crucial, pues ningún país deseará adherirse a una unión en la que otro padezca shocks externos muy diferentes —por ejemplo, en la relación de intercambio—, al menos si se trata de un país importante por su tamaño. Ningún país desearía tampoco una unión monetaria en la que hubiera otro país con políticas fiscales mucho menos disciplinadas, pues este obligaría al banco central común a generar inflación a expensas del bienestar del primero.

Para evaluar la disciplina fiscal, partimos de los indicadores de desarrollo institucional y de la ausencia de corrupción. Vemos que los países africanos con políticas monetarias propias suelen tener más inflación cuanto peor es su calificación en relación con los indicadores que miden la desviación de los gastos e



Un modelo de unión monetaria

El modelo que utilizamos para analizar las uniones monetarias se basa en las obras sobre zonas monetarias óptimas, si bien identifica otra asimetría importante: las distorsiones políticas que afectan a las decisiones fiscales. El modelo subraya el impacto monetario de las diferencias específicas entre las necesidades de financiamiento público de cada país, así como las diferencias en las distorsiones que afectan a la política fiscal. Se supone que el banco central regional no es totalmente independiente, sino que fija su política monetaria tratando de reflejar las condiciones *promedio* de la región, incluidas las necesidades de financiamiento. Por tanto, los países que presentan grandes diferencias en relación con las distorsiones fiscales serían socios poco atractivos para una unión monetaria, puesto que el banco central produciría resultados no deseados para algunos o para todos.

Los principales elementos del modelo (Debrun, Masson y Pattillo, 2002) son una curva de Phillips con expectativas que incluye los efectos externos internacionales de las políticas monetarias de los países vecinos, la limitación presupuestaria del gobierno y una función objetivo del gobierno que depende linealmente del aumento de la producción y negativamente de las desviaciones cuadráticas de la inflación con respecto a una meta que refleja los shocks de la oferta, del gasto público con respecto a su meta y de las tasas impositivas. Los gobiernos ejercen control sobre el banco central y, en toda unión monetaria, el banco central maximiza un promedio ponderado de las funciones objetivo de sus países miembros (donde las ponderaciones reflejan el PIB relativo), mientras que cada gobierno elige su propia política fiscal. En cada caso, los gobiernos se ajustan a una limitación presupuestaria durante un período que les obliga a financiar el gasto con impuestos o con la participación del país en el financiamiento monetario.

Un vínculo esencial en el modelo es el efecto de las metas de gasto sobre la inflación y los impuestos, ya que el incremento del gasto ha de financiarse de un modo u otro. Pero las metas de gasto son imposibles de cumplir y los países con rentas per cápita más elevadas podrán permitirse ofrecer más servicios públicos, puesto que tanto los ingresos como los gastos aumentan a la par, y este componente no plantea ningún problema de inflación. Un segundo factor que tiende a incrementar las metas de gasto es el intento, por parte de los gobiernos en el poder, de recompensar a los que les han prestado apoyo, lo que constituye un síntoma de amiguismo y corrupción. Para analizar este componente empleamos índices de corrupción y desarrollo institucional y medimos la desviación del gasto en salud y educación hacia usos no tan urgentes.

Para calibrar el modelo usamos datos de 1995–2000 sobre la inflación, los ingresos y el gasto público de 32 países africanos, y calculamos los valores de sus parámetros (apéndice A de *The Monetary Geography of Africa*, de Masson y Pattillo). Al comparar los resultados de estas variables en países que utilizan distintas monedas y en las uniones monetarias, detectamos el efecto disciplinario de una moneda común. Dentro de las limitaciones impuestas por los datos, los resultados apoyan en líneas generales al modelo. La inflación depende positiva y sustancialmente del volumen de las necesidades de financiamiento y negativamente del alcance del comercio dentro de la unión monetaria. Confiamos en que esta aplicación empírica del modelo a los datos históricos pueda arrojar luz sobre las ventajas económicas de los proyectos de unión monetaria, tal como se indica a continuación.

Primero, si todos los países de la región son idénticos y están sujetos a los mismos shocks, sería deseable una unión monetaria que los incluyera a todos, pues la pérdida de autonomía monetaria no tendría costos y, en cambio, todos se beneficiarían de un

impuestos hacia objetivos distintos de los sociales: por ejemplo, para los fines privados del gobierno en el poder, que podría tolerar la corrupción para recompensar a sus seguidores.

Ganadores y perdedores

A la luz de los datos históricos recientes sobre las comunidades que ya tienen proyectos y cronogramas específicos, ¿tiene sentido la estrategia de la UA de usar de base las actuales comunidades económicas regionales? Para responder a esta pregunta hemos aplicado dos criterios: 1) los miembros potenciales deben desear la unión y 2) si ya existe una unión monetaria, sus miembros deben estimar que la incorporación de nuevos miembros va a beneficiarlos. Estos dos factores pueden ser bastante restrictivos, a no ser que las ventajas generales sean muy importantes o que exista un gran entusiasmo político a favor de la unión monetaria, aunque las uniones monetarias constituidas en periodos de abundancia podrían no resistir si no reportan beneficios económicos reales.



nivel de inflación más bajo, ya que el banco central común no fomentaría la producción de un país mediante una expansión monetaria a expensas de los otros.

Segundo, si las necesidades de financiamiento de los gobiernos difieren, los incentivos para ingresar a una unión monetaria variarán de un país a otro. Los países con elevado gasto se beneficiarán de la disciplina adicional aplicada por el banco central regional, que compensa, en parte, el sesgo inflacionista de sus bancos centrales respectivos, mientras que los países poco proclives al gasto incurrirán en pérdidas adicionales derivadas de la excesiva demanda de financiamiento monetario por parte de los que gastan mucho.

Tercero, el objetivo de inflación fijado por el banco central común para la unión se fijará solo teniendo en cuenta el componente común de las perturbaciones de la oferta (identificadas con las perturbaciones en la relación de intercambio), por lo que el abandono de una política monetaria independiente ante los shocks específicos de cada país resultará costoso.

En la práctica, los cálculos indican que la asimetría de los shocks en la relación de intercambio apenas influye en las ganancias o pérdidas netas derivadas de los distintos proyectos de unión monetaria, dominados por diferencias en los objetivos de gasto público. Así, los problemas que plantea el proyecto de moneda común de la CEDEAO tienen su principal origen en la inadecuada disciplina fiscal de algunos de sus miembros potenciales, en particular de Nigeria, y una propuesta de unión monetaria entre los países de la SADC que los incluyera a todos no se sostendría por la falta de interés de los países con disciplina fiscal (como Sudáfrica o Botswana) en admitir a los países sin disciplina fiscal. Además, las diferencias fiscales entre las regiones del continente restarían atractivo a la moneda africana para algunos miembros potenciales.

La Zona Monetaria de África Occidental (ZMAO) va a crearse en julio de 2005 y se prevé que acabe fusionándose con la parte de la zona del franco CFA correspondiente a África occidental (UEMAO) con el objeto de implantar una moneda

Muchos de los miembros pertenecen a varias organizaciones, con el consiguiente solapamiento de compromisos, lo que ha dado lugar a una duplicación de los esfuerzos y a cierta incoherencia en los objetivos de las iniciativas de integración regional.

común para la Comunidad Económica de los Estados de África Occidental (CEDEAO). Sin embargo, Nigeria será un socio difícil para el resto de los países de África occidental, debido a su tamaño mucho mayor, su elevado déficit presupuestario y la aparente falta de disciplina fiscal. Además, como gran exportador de petróleo, la economía de Nigeria es muy distinta de la de sus países vecinos, que exportan otros productos primarios y, por tanto, están sujetos a diferentes shocks. (En general, las correlaciones entre los shocks en la relación de intercambio son menores entre la UEMAO y la ZMAO, y también son más tenues dentro de la ZMAO que dentro de la UEMAO.) Nigeria podría ejercer en las políticas monetarias una influencia no deseable para sus posibles socios. Nuestras simulaciones indican que casi ninguno de los posibles miembros desearía una unión monetaria total entre los países de la ZMAO o de la CEDEAO (cuadro 1). En particular, para los países de la zona del franco CFA pertenecientes a la CEDEAO, la ampliación de una unión monetaria de tan larga data para incluir a Nigeria supondría un empeoramiento, a menos que fuera acompañada de una disciplina fiscal realmente eficaz en Nigeria.

En África meridional, los Estados miembros de la Comunidad del Desarrollo de África Meridional (SADC) pretenden constituir una unión monetaria, aunque este proyecto es mucho menos concreto e inmediato, ya que muchos están muy lejos de alcanzar la estabilidad macroeconómica y sus sistemas financieros están, por regla general, mucho menos desarrollados que los de los países situados en el extremo sur del continente, es decir, Sudáfrica y sus países aledaños. La proporción de las manufacturas en la producción y exportación es reducida, como lo es la correlación de los shocks en la relación de intercambio. Una unión monetaria total dentro de la SADC no sería deseable, especialmente para los que ya forman parte de una unión monetaria basada en el rand sudafricano (la CMA), aunque sí podría serlo una ampliación selectiva de la CMA, tanto para sus actuales miembros como para algunos de los nuevos.

El Mercado Común para África Meridional y Oriental (COMESA), constituido por países pertenecientes a dos regiones geográficas, está desarrollando asimismo un proyecto de unión

Cuadro 1

Ganancias y costos de las uniones monetarias¹

Algunas economías ganarían y otras perderían con las uniones monetarias regionales y subregionales propuestas para África. Una unión monetaria total entre los países miembros de la Zona Monetaria de África Occidental o de la Comunidad Económica de los Estados de África Occidental no sería deseable para la mayoría de ellos.

	Ganadores	Principales perdedores ²
Mercado Común para África Meridional y Oriental	Angola, Etiopía, Malawi, Seychelles, Sudán, Zambia, Zimbabwe	Egipto, Kenya, Madagascar, Mauricio, Namibia, Swazilandia, Uganda
Comunidad del África Oriental	Kenya	
Comunidad Económica de los Estados de África Occidental	Gambia, Ghana, Nigeria, Sierra Leona	Benín, Burkina Faso, Côte d'Ivoire, Malí, Níger, Senegal, Togo
Comunidad del Desarrollo de África Meridional	Angola, Botswana, Malawi, Mozambique, Rep. Dem. del Congo, Seychelles, Tanzania, Zambia, Zimbabwe	Lesotho, Namibia, Sudáfrica, Swazilandia
Zona Monetaria de África Occidental	Nigeria	Gambia, Ghana, Guinea, Sierra Leona

Fuente: Masson y Pattillo (2004).

¹Se supone que la influencia en las decisiones refleja los niveles relativos del PIB de los países.

²Pérdidas de bienestar superiores al 1% del equivalente del PIB.

monetaria. Las disparidades entre las economías del COMESA son casi tan importantes como las que caracterizan a la SADC. Muchos de los miembros pertenecen a varias organizaciones, con el consiguiente solapamiento de compromisos, lo que ha dado lugar a una duplicación de los esfuerzos y a cierta incoherencia en los objetivos de las iniciativas de integración regional. Por ejemplo, en las cinco principales comunidades económicas regionales de la UA, hay 10 países que pertenecen a más de una agrupación regional; concretamente, la República Democrática del Congo pertenece a tres (mapa 1). El COMESA tiene, además, el inconveniente de no incluir entre sus miembros a Sudáfrica, el mayor polo de estabilidad monetaria de la región. Por tanto, nuestro modelo sugiere que una unión monetaria total entre los países del COMESA tampoco sería deseable.

Volviendo a la posibilidad de una unión monetaria más limitada, Kenya, Uganda y Tanzania, miembros del COMESA, se están planteando resucitar la zona monetaria de la Comunidad del África Oriental, disuelta en 1977. Esta unión monetaria podría tener más probabilidades de éxito, aunque también existe riesgo de asimetría entre sus miembros, a favor principalmente de Kenya. (La correlación entre los shocks en la relación de intercambio es moderada y no influiría demasiado en los beneficios netos de la unión monetaria.) Además, este proyecto ilustra el problema, muy común en África, del solapamiento de unos compromisos que no siempre son coherentes.

Implantar una moneda común

¿Es viable y deseable la estrategia promovida por la UA para crear una moneda común a partir de las uniones monetarias regionales? Para responder a esta pregunta, organizamos de forma racional las comunidades económicas regionales y quitamos el solapamiento asignando cada uno de los 39 países de la muestra a un grupo o a otro. El modelo mantiene la composición actual de la Unión del Magreb Árabe (UMA), la Comunidad Económica de los Estados del África Central (CEEAC) y la CEDEAO. Mantuvimos intacta a la SADC —salvo la República Democrática del Congo (que solo sería miembro de la CEEAC) y Tanzania (que asignamos al COMESA, junto con sus socios de la Comunidad del África Oriental, Kenya y Uganda)— y al resto de países en el COMESA. Suponemos que los países influirán en la política monetaria del banco central de forma proporcional a su participación en el PIB regional. (Se da por supuesto que ni la unión monetaria de la CEDEAO ni las otras gozarán de una paridad garantizada con respecto al euro.)

¿Saldrían beneficiados todos los miembros de una comunidad económica regional y se incrementaría el bienestar general de la comunidad? Si las decisiones se adoptaran por unanimidad, la primera pregunta sería más relevante, mientras que, en el caso de la segunda, si la respuesta fuera afirmativa, podría existir la posibilidad de compensaciones que fomentaran la participación de todos.

Las simulaciones del modelo de una moneda común para África indican que esta solo beneficiaría a dos de las cinco comunidades (CEDEAO y COMESA) (cuadro 2), las regiones con mayor necesidad de financiamiento en relación con su PIB; por el contrario, las regiones con políticas fiscales más disciplinadas (UMA, SADC y CEEAC) no se beneficiarían en promedio. Dentro de la SADC, Sudáfrica, que tiene una gran participación en el PIB regional, sufriría una pérdida considerable de bienestar. Si se suman las ganancias netas ponderadas por

La ausencia generalizada de disciplina fiscal y de políticas macroeconómicas estables exige aprovechar el objetivo de la unión monetaria para fomentar una mayor disciplina y una mejor gestión de gobierno.

la participación de cada región en el PIB total, queda claro que la unión monetaria entre los miembros de la UA supondría globalmente una pequeña pérdida neta de bienestar. En todas las regiones, el comercio con el resto de la UA representa solo una pequeña fracción del PIB (generalmente menos del 1%), lo que sugiere que las ganancias que depararía una moneda común, al reducir la tentación de recurrir a depreciaciones a expensas del empobrecimiento del vecino, serían muy limitadas. Además, sin una mayor disciplina fiscal que proteja al banco central común de las presiones para monetizar los déficit, la moneda africana

Cuadro 2

Simulación de una moneda africana común

Solo el Mercado Común para África Meridional y Oriental y la Comunidad Económica de los Estados de África Occidental saldrían ganando, en promedio, con una moneda africana común. Las comunidades económicas regionales con políticas fiscales más disciplinadas (la Unión Monetaria Árabe, la Comunidad Económica de los Estados del África Central y la Comunidad del Desarrollo de África Meridional) experimentarían pérdidas de bienestar netas en promedio.

	Promedio de ganancia neta de bienestar ¹	Intercambios comerciales con el resto de la Unión Africana ²	Proporción de países beneficiados por la comunidad económica regional
Unión Monetaria Árabe	-0,11	0,21	0/3
Mercado Común para África Meridional y Oriental	3,95	0,28	7/7
Comunidad Económica de los Estados del África Central	-1,28	0,86	0/4
Comunidad Económica de los Estados de África Occidental	11,25	1,35	13/13
Comunidad del Desarrollo de África Meridional	-7,39	0,91	1/12
Ganancias netas globales ³	-0,45		

Fuente: Masson y Pattillo (2004).

¹Como porcentaje del equivalente del PIB.

²Como porcentaje del PIB de la comunidad económica regional.

³Suma de las ganancias netas regionales ponderada por los PIB respectivos, como porcentaje del PIB total de la Unión Africana.

común no lograría mantener un nivel de inflación bajo ni un tipo de cambio estable, lo que la colocaría en una posición inferior frente a otras monedas, en particular frente al rand sudafricano, al franco CFA y al pula de Botswana.

¿Cuál es el próximo paso?

Un gran inconveniente de crear nuevas uniones monetarias que abarquen regiones determinadas como condición para lograr el objetivo de una moneda africana común es que o bien no todos los países querrán adherirse o bien no existirán incentivos suficientes para que los países de cada región adapten sus políticas a una práctica óptima, dado que todos tendrían el ingreso asegurado. En el segundo caso, la unión monetaria sería muy probablemente inestable y poco atractiva. Entonces, ¿no es posible poner en marcha mejores políticas y estructuras institucionales en África? Proponemos dos alternativas prometedoras.

Primero, una ampliación limitada de las actuales uniones monetarias podría resultar factible y animaría mucho a sus miembros a analizar a fondo las políticas de los miembros potenciales. La ausencia generalizada de disciplina fiscal y de políticas macroeconómicas estables exige aprovechar el obje-

tivo de la unión monetaria para fomentar una mayor disciplina y una mejor gestión de gobierno. Además, el éxito genera éxito. A medida que la unión monetaria se fuera ampliando con la adhesión de países con políticas macroeconómicas estables, sería más atractiva para otros miembros potenciales.

Las dos uniones monetarias actuales —la zona del franco CFA y la del CMA en Sudáfrica— podrían ampliarse de forma selectiva, a medida que los países vecinos fueran alcanzando una mayor convergencia con los que ya comparten una política monetaria y una moneda. Así aumentaría la credibilidad de las uniones monetarias existentes, al incorporarse países que ya hayan demostrado, con el cumplimiento de los criterios de convergencia, su compromiso y habilidad para aplicar políticas económicas sólidas, en particular en lo fiscal, durante un tiempo significativo. Esta estrategia no exigiría el desmembramiento de las actuales uniones monetarias y cambiarías, que han contribuido a la estabilidad regional. No obstante, la posibilidad de ampliar la zona del franco CFA y la del CMA sería probablemente limitada, dado que no todos los miembros potenciales podrían demostrar un nivel de convergencia suficiente.

Segundo, la NEPAD de la UA, una iniciativa paralela al proyecto de unión monetaria, admite que la presión del grupo dentro de África podría ayudar a alcanzar sus objetivos: mayor crecimiento económico, mejor gestión de gobierno y mejores políticas. Aunque es pronto para juzgar la eficacia de la NEPAD, cabe reconocer su potencial para hacer frente a las principales causas de los fracasos de las políticas africanas. La mejora de la gestión de gobierno y las políticas nacionales podría, a su vez, facilitar la integración económica regional, incluida la unión monetaria, mientras que la ausencia de iniciativas en este sentido haría fracasar la unión monetaria africana. ■

Paul Masson es investigador y profesor adjunto en la Universidad de Toronto y miembro no residente de la Brookings Institution; Catherine Pattillo era economista principal del Departamento de Estudios del FMI y se incorporó recientemente al Departamento de África.

El presente artículo se ha extraído en su mayor parte de un libro reciente de los autores, The Monetary Geography of Africa, publicado por la Brookings Institution.

Referencias:

Collier, Paul, 1991, "Africa's External Economic Relations, 1960-90", African Affairs, vol. 90, págs. 339-56.

Debrun, Xavier, Paul Masson y Catherine Pattillo, 2002, "Monetary Unions in West Africa: Who Might Gain, Who Might Lose and Why?", IMF Working Paper 02/226 (Washington: Fondo Monetario Internacional).

Masson, Paul, y Catherine Pattillo, 2002, "Monetary Union in West Africa: An Agency of Restraint for Fiscal Policies?", Journal of African Economies, vol. 11 (septiembre), págs. 387-412.

———, 2004, The Monetary Geography of Africa (Washington: Brookings Institution).

Mundell, Robert, 1961, "A Theory of Optimum Currency Areas", American Economic Review, vol. 51 (septiembre), págs. 657-65.